

***Carlos Nogueira, José Saramago: a literatura e o mal,
Lisboa, Tinta da China, 2022
(415 pp.)***

Miguel Koleff

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA

A humanidade nunca foi educada para a paz, mas sim para a guerra e para o conflito. O 'outro' é sempre potencialmente o inimigo (Gómez Aguilera 2010, 164)

Una de las tentaciones a las que estamos sometidos los que interactuamos con la literatura tiene que ver con el alcance de lo estudiado y, en un caso como el de José Saramago, implica un importante desafío porque el autor portugués Premio Nobel 1998 ha sido tan prolífico, que su vasta obra no se deja aprisionar sin consecuencias. Pero no sólo por ese motivo, sino también porque la potencia de su discurso en el foro público fue sumándole modulaciones de orden ético y político a ese derrotero que amplían la perspectiva en lugar de circunscribirla. Esta suerte de tentación – para retomar el término arriba utilizado – me embargó durante los últimos 20 años en que acompañé la escritura de este singular autor y, tal vez por esa causa, al deparar con el libro de Carlos Nogueira, no consiga salir del asombro. En las primeras páginas, y como quien desgana las cuentas de un rosario, lo veo asirse a dos o tres fulgores de su pensamiento para darle cabida a algo más grande, universal y valedero: tejer en sintonía al conferencista esporádico con el productor de gruesos volúmenes de narraciones conmovedoras. De esta manera, una frase como “nós os seres humanos matamos mais que a morte” (Nogueira 2022, 20) o esta otra que se repite a menudo, “os homens trazem em si a crueldade” (25), buscan desinstalar del confort de la lectura y sumergirnos en el abismo de lo imponderable. Nogueira se apoya en el trabajo *Saramago em suas palavras* de Fernando Gómez Aguilera, que recoge citas

del autor ordenadas temáticamente, para explorarlas en profundidad y habilitarlas para el diálogo con su producción narrativa.

Diálogo este que se concentra en el mal, nada más y nada menos. Podría ser la opresión, la vigencia de un sistema capitalista perverso y dañino y sería más o menos lo mismo, si no tuviera una connotación más precisa: no está afuera del individuo, anida en su interior. La fórmula es clara y Nogueira la resuelve muy bien: tiene la forma de un exterior que irrumpe y abate, pero nace de la propia condición humana. De allí que sea posible describirlo por fuera, en primera instancia, para luego, adentrarse en su tejido más profundo. Ese conjunto textual producido por José Saramago entre 1947, fecha de la primera novela, y 2010, en que deja inconcluso el proyecto ficcional de *Alabardas...* puede resumirse en dos fases de producción que se corresponden con las metáforas de la «estatua» y de la «piedra» por él mismo adoptadas como principio de periodización, sugiriendo ese movimiento que va desde fuera hacia dentro.

Di pasos previos en esta recensión para descubrir la lógica que articula el libro de Carlos Nogueira con la intención de concentrarme en su objeto de estudio, esto es, el «mal moral», construido con las precauciones esbozadas más arriba. Lo que sucede es que el «mal», ese término tan sutil y que nos resulta tan familiar a los hombres y mujeres de todos los tiempos, es –en parte- responsable de la frialdad del mundo en que el vivimos y la causa genuina del desorden, del caos, de la desigualdad y de la injusticia que lo atraviesan. El error más frecuente para asumirlo como parte activa de nuestra historia es creer que positiva solo a un grupo de personas, los malos de la película, y que los demás permanecemos fuera de su alcance, pero no es así. Como el concepto de poder en Foucault, es tangible en lo más mínimo y se disipa singularmente en las microsecuencias de la vida cotidiana. No existen los buenos y los malos de antemano; los hombres y mujeres nos vamos haciendo a su contacto, con mayores o menores resultados. Por eso es «banal» como diría Arendt, sin dejar de ser «radical» (Kant) y claramente mensurable.

Para el ganador del Premio Vergílio Ferreira, este mal que acecha y prolifera, está presente en la obra de José Saramago desde el comienzo mismo “A obra de Saramago oferece-nos um território vastíssimo em manifestações do mal moral” (303) pero adquiere ribetes especiales al término de su trayectoria escritural porque se muestra en todo su esplendor y provoca reacciones viscerales que desafían al lector. Si en los textos del inicio, era fácil de observar en la conducta de algunos personajes que lo ponían en evidencia o se enmarcaban en sus coordenadas, las novelas del último tiempo, que revelan la costura de lo humano mismo, acusan recibo de nuestras experiencias en contacto con esa sinergia. No hay dudas, Nogueira no se equivoca al presentarnos a José Saramago como filósofo, más allá de su propia literatura.

El recorrido que realiza el autor en el libro sigue un orden más o menos previsible de tipo cronológico y se organiza en seis capítulos. Toma dos puntos de partida imposibles de obviar, *Terra do Pecado* de 1947 y la producción poética de las décadas de 60 y 70 porque funcionan como claros antecedentes. Lo hace con máxima destreza porque conoce perfectamente el territorio que recorre y esta virtud le permite recuperar, no sólo una o dos citas, como hacer dialogar un episodio de la obra ficcional con la vertiente no ficcional de su obra (las crónicas periodísticas del período revolucionario) o conceptualizar un elemento de su faz dramática con la que implícitamente comulga.

Por supuesto, no todos los capítulos tienen la misma fuerza expositiva y esto resulta natural porque no todos los textos de Saramago se pueden mensurar de la misma manera. Las consideraciones que el autor realiza de libros como *Levantado do chão* o *Ensaio sobre a cegueira*, en los capítulos centrales, se ubican entre las mejores y muestran la impetuosidad de su talento. Son probablemente los cristales donde se reflejan sus aguzadas reflexiones éticas y estéticas.

En lo que sigue, voy a detenerme en algunas ponderaciones que merecen un enfoque particularizado. Mi primera tentativa tiene que ver con la afirmación del párrafo anterior ya que hace eje en esos dos libros, diferentes en su composición y en la impostura que dejan traslucir. Si *Terra do Pecado* “começa a gestação do projeto saramaguiano de denunciar a opressão e de dar a ver a dor humana e não humana” (13) en *Levantado do chão*, la temática del mal es resultado “da desorganização social e da perversidade institucional que se foi constituindo ao longo da história da Humanidade” (16). Estamos en el terreno de la «estatua» y el mal comparece desde fuera, identificándose con los sistemas económicos y políticos injustos, que en esta novela dan cuerpo al «latifundio». El elemento cultural y religioso (el «factor Dios») comparece en dosis iguales en la construcción de este régimen de dependencia que subordina a los campesinos al poder de turno y le impiden ponerse de pie para reclamar los derechos vulnerados. La afirmación es contundente y por eso, asumiendo la primera persona, Nogueira señala sin ruborizarse que “aceito, como enquadramento para a obra que vai até *Ensaio sobre a cegueira*, a tese do primado do mal que nasce sobretudo da organização social injusta” (78). Es curioso, pero urge reconocer, que el mal está pautado por la situación de desigualdad que crea a su alrededor y que está encarnada en quienes se ven favorecidos y quienes se ven humillados por esta pirámide de poder. “Aquí se estabelecem relações humanas, sociais e políticas, aquí se gera uma estrutura de dominação de uns poucos sobre muitos” (98). Coincido con Nogueira en reconocer a esta figuración del mal, “em extensão e em impetuosidade” (131) como una percepción de naturaleza marxista, esto es, imbuida de la ideología y de la praxis del escritor a principios de los años 80, fruto de su militancia activa. Saramago no erró el camino ni tampoco se equivocó

en la perspectiva: la valencia de un sistema injusto que genera opresión es una verdad irrefutable de la que hoy día, incluso, podemos dar fe.

Lo que ocurre y esto no pasa desapercibido a la comprensión del ensayista, es que se trata de una verdad insuficiente para explicar la génesis del mal porque sostenerla así de manera esquemática le quita profundidad y menoscaba su sentido. Si el mal se limitase a la «opresión» este solo texto narrativo sería suficiente para presentizarlo y el conjunto narrativo consiguiente sólo lo pondría en evidencia. Sin embargo, el mal difícilmente puede conceptualizarse desde afuera sin reconocer las pulsiones interiores que lo ponen en movimiento. La estrategia de pensarlo dialécticamente funciona bien y es productiva; el propio Nogueira la reconoce cuando elige un personaje principal como João Maltiempo o un personaje secundario como el guardia José Calmedo, para ponerla en jaque y crear tensión entre los extremos. Estos personajes, pese la insuficiencia del lugar que ocupan en la cadena jerárquica, no están contaminados del mal que amenaza a su alrededor y son capaces de encarnar «el bien» o «lo bueno» que soporta esa estructura. Ellos enfrentan in absentia a los que ejecutan órdenes asesinas, masacran, castigan, mienten o engañan. Son los paladines de la justicia que inspiran un mundo mejor. Pero claro, la pregunta se hace sentir: ¿aquellos otros que encarnan o representan el mal, son monstruos mal nacidos o el resultado de un sistema inicuo que los hizo a su imagen y semejanza?

La indagación es profusa y vale la pena porque nos conduce hacia el origen mismo del mal engendrado en el corazón humano [“Os homens trazem em si a crueldade”, ya dijimos]. No obstante, no es el camino elegido (todavía) por Saramago para demostrarlo con creces. La estatua se está recién componiendo y el camino hacia la piedra, hacia donde se dirige, va ganando fuerza sin todavía revelarse en plenitud.

El investigador portugués valora la impronta de Saramago de ese momento porque ve el proceso de maduración que gana fuerza en su obra y así relaciona a *Levantado...* con las novelas con las que dialoga, antes y después: *Manual de pintura e caligrafía* (1977) y *O ano da morte de Ricardo Reis* (1984). En ellas, el mal opera como telón de fondo y sorprende o interpela a sus protagonistas, que son abrumados por su evidencia que se saben sin fuerza para hacerle frente.

En los capítulos IV y V, Nogueira va al corazón de la «piedra» y analiza los dos *Ensayos* [*Ensaio sobre a cegueira* y *Ensaio sobre a lucidez*]. Lo hace casi con experticia a partir de un marco teórico previamente seleccionado que le sirve de sustento (George Steiner, Miguel Real, entre otros). El recorrido argumental es de una intensidad tan señera que, el camino a la conclusión se muestra conducido con lógica. Ciertamente, el análisis de *Ensaio sobre a cegueira* aglutina las claves

de lectura ya que es “o romance do autor em que o mal, enquanto categoria basilar da moral, mais aparece livre de implicações de natureza ideológica o teológica” (227). Es clara esta perspectiva porque el corrimiento de Saramago respecto del período de la estatua es notable: la maldad está alojada en el ser humano y por eso todo cuanto éste toca se contamina de maldad. “O mal tem neste livro de Saramago uma das representações mais notáveis de toda a história da literatura universal... surge em toda a sua complexidade e ambiguidade” (229).

Asumiendo la primera persona singular de manera radical, Nogueira advierte desde el comienzo mismo de la argumentación que “identificar e, na medida do possível, explicar ou compreender razoavelmente, em *Ensaio sobre a cegueira*, o mal como acontecimento realizado conscientemente por uns e vividos por outros é o meu propósito neste capítulo” (231). El punto de partida, en este sentido, no puede ser más singular: comienza por el ladrón que roba el auto al primer ciego. Es decir, focaliza en un delito concreto que es manifestación pura; sin embargo, no lo cifra sólo por la infracción a la que da lugar sino que –en auténtica comunión con el maestro– lo desliza hacia una esfera donde la actitud que auténticamente preocupa es otra, la de advertir que el mal no nace de la pura inclinación de un sujeto sino de su puesta en juego en relación con otro sujeto, esto es, la convivencia humana. Así, “ele terá roubado o carro não por um efeito automático explicado pela sua submissão a um mal banal, por cuja ocorrência ele seria apenas o executor, mas porque sentiu uma falha moral (a desconfiança) no comportamento do cego em relação ao ato (ajuda desinteressada, altruista) que praticou” (235). Este análisis particular le permite al autor del libro entender que “tornamo-nos agentes do mal quando o nosso amor próprio (que também atua no sentido do bem, obviamente) é colocado acima da lei moral enquanto máxima suprema do nosso poder de escolha” (246). Al fin y al cabo, “nenhum ser humano saudável vive fora da dualidade bem/mal e dos conflitos e das ambiguidades morais constantes que a caracterizam” (252).

La reflexión, pautada de esta manera, además de estar adscripta a la posición teórica sostenida por el autor por aquel entonces, permite entrever las escenas más escabrosas del libro, aquellas en las que el «mal irrestricto» (254) pareciera hacerse más obvio: las del soborno que los presos empoderados ejercen sobre los más frágiles al exigirle, primero, sus pertenencias y después sexo a cambio de comida. No hay dudas de que, en estos pasajes, la agudeza de la miseria humana se presenta inequívocamente. Y por eso, “este romance, violento, trágico e desapiadado na visão que nos apresenta, dá-nos um testemunho que não podemos desperdiçar. Nele sobressai a capacidade que o ser humano tem não só de ultrapassar as suas fragilidades perante a sugestão e a onnipotência do mal” (267).

El recurso a la representación fílmica (la película *Blindness*) aporta claridad imaginética a las escenas de horror y patentiza por vía visual, “a crueldade e o inominável sofrimento que os seres humanos impõem uns aos outros” (284) La consideración que realiza en torno de la tortura a la que es sometida *a cega das insónias* (tanto en el plano sexual como también, moral) así lo explicita con claridad. El material es tan rico en detalles escabrosos que el recurso a la bibliografía se impone por sí mismo ya que necesita elementos teóricos para conceptualizar tanto horror y angustia. Sorprende – en este sentido – el verbo que elige para dar cuenta del desafío saramaguiano. *Ensaio sobre a cegueira* no narra cuanto “investiga o mal moral (e ontológico)” (276) que conduce al mal físico y biológico a través de los cuales se manifiesta. En este punto, el autor se muestra muy original acompañando las reflexiones de Konrad Lorenz que –a mi juicio- contribuyen a una lectura inusitada de la novela.

El libro del profesor portugués se cierra con un capítulo un tanto divergente de los que lo anteceden, no sólo por las fuentes a las que recurre (la novela *A caverna*, las crónicas periodísticas, los discursos pronunciados por el autor en relación con la democracia, etc.) sino también por la clave de lectura que abre y clausura al mismo tiempo, aquella que interpela acerca del horizonte ético, político y social del mundo en el que vivimos poniendo en discusión esos dos marcos ideológicos del siglo XX: el marxismo y el capitalismo, que tanto que dieron que hablar de cara a sus conferencias más urticantes.

La conclusión del libro no se hace esperar y puede ser resumida en este enunciado de la página 304 que reproduzco a continuación: “Toda a escrita de Saramago é uma representação e um questionamento da produção e da distribuição social do mal como fenómeno socioideológico, mas também como fenómeno individual” (304). Las últimas palabras del libro están direccionadas a enfatizar la síntesis entre la evidencia y la propuesta formativa, algo que en Saramago, es imposible de disociar. En este sentido, “os romances de Saramago traduzem um conflito entre o poder institucionalizado e uma conceção base-topo das forças produtivas da História” (345) pero “o mundo ideal de Saramago, apesar de inalcançável, compreende uma moral máxima” (349) cuyos valores supremos son el humanitarismo y el igualitarismo para todos.